

Introducción

La canonización de Juan Pablo II, el 27 de abril de 2014, es un acontecimiento singular en la historia de la Iglesia católica. No tanto por la velocidad del proceso o por la extraordinaria difusión de su devoción en todo el mundo, cuanto porque supone la culminación de una vida de servicio a la Iglesia universal en solo una generación. En apenas treinta y cinco años, Karol Wojtyła ha pasado del servicio a la Iglesia de Cracovia al santoral católico, después de entregarse y desgastarse como obispo de Roma durante casi veintisiete años. En este tiempo se ha puesto de manifiesto la grandeza y proyección de un hombre, considerado un referente moral de la humanidad durante décadas, que ha conducido a la Iglesia hasta el tercer milenio.

Pero la grandeza de Juan Pablo II no surge de la nada. La historia que le precede es la de un hombre fiel a la gracia, forjado en la vida de su país y atento a la condición humana, a su mejora y a su servicio. Además, su extenso pontificado, el tercero más largo de la historia, ha

permitido que toda una generación creciera y se formara en la vida cristiana bajo su amor paternal por todos los hombres y su incansable esfuerzo evangelizador por todo el mundo.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido abundante en escritos, viajes y gestos. En cualquiera de estas categorías, Juan Pablo II pasará a la historia como uno de los personajes públicos que más han escrito, que más han viajado, que más gente han visto, que más gestos impactantes han realizado ante la opinión pública.

Ahí están las encíclicas, los mensajes, las exhortaciones, las homilias, las audiencias, las constituciones, los discursos, los libros, los diversos documentos salidos de su pluma: un arsenal inmenso de doctrina, que ha instruido y puede seguir enseñando a los católicos y a todos los hombres de buena voluntad.

Ahí están los numerosos viajes realizados a todas las partes del mundo, llevando siempre la buena semilla del Evangelio a culturas, mentalidades y ambientes diferentes; ayudando a miles de personas a resucitar en sus almas, con fuerza renovada, el espíritu de una nueva cristiandad.

Ahí están, en fin, los grandiosos gestos de un Papa venido de lejos, apreciables en sus años de juventud, de madurez y, de modo especial, en su ancianidad: siempre abrazado apasionadamente a la cruz de Cristo, ofreciendo un testimonio de fe recia, de caridad amable y de esperanza firme. Teniendo como centro al hombre en su integridad, Juan Pablo II ha propuesto como modelo a Cristo,

que enseña a la humanidad la grandeza de ser hombre, una grandeza que salta a la eternidad.

La misión de estas páginas es acercar al lector a la figura de este santo universal, recordando su vida, las cuestiones que centraron su actividad y el impacto que tuvieron en la vida de personas conocidas y desconocidas. Que sirvan para acercarnos a él y, por él, a Dios.